asno y el camello, lo que demuestra que entonces era empleado así en la guerra como en los usos domésticos.

Lo que se asegura sobre la ceguera de los caballos en el Egipto es falso, si eso quiere decir que no hay caballo en esa región sin tener ese defecto. Verdad es que la referida enfermedad es demasiado común en ese país, proveniente de la irritación que produce en los ojos la arena ardiente del desierto, enfermedad que igualmente aqueja á los hombres; pero poniendo las debidas cautelas, es fácil evitar este mal, como de hecho lo evitan hoy la gran mayoría de sus habitantes.

CAPITULO XXVII.

ELIAS Y ELISEO.

En los dos últimos libros de los Reyes, se encuentran no pocos lugares que dan pábulo á las objeciones, ya hermenéuticas, ya críticas, que no podemos pasar en silencio. Casi todas ellas se relacionan con los hechos de los profetas y particularmente de Elías y Eliseo. Antes de hablar de las principales y que merecen su artículo especial, apuntaremos las que sólo se basan en mala interpretación de las palabras:

I. Refiérese que durante la permanencia de Elías en el desierto, fué provisto de pan con que sustentar la vida por unos cuervos que fueron mandados por Dios para proporcionárselo. Suelen dividirse los intérpretes en la explicación de este pasaje sobre la voz hebrea *orebin*. Nuestra Vulgata la traduce cuervos; pero otros vierten mercaderes ó árabes, habitantes de la ciudad de Arab. Como esta voz en otros lugares significa cuervos y así es traducida en los Setenta, en la Paráfrasis Caldea y en las versiones de Aquila, Simaco y Teodoción, creemos que deba tenerse como genuina.

Ni debe retraernos de admitirla el que este animal era considerado como impuro en la ley mosaica y no se puede creer que un profeta tan santo la violara recibiendo de él su alimento, porque esta inmundicia se contraía comiéndolo y no tocándolo como sucedía con los cadáveres. Además, los profetas se podían dispensar en caso de necesidad urgente en las leyes meramente ceremoniales, como lo hizo David cuando tomó para sí y para los suyos los panes de proposición que sólo los israelitas podían comer; tanto más que, recibiendo Elías por un milagro este pan, nada podía objetar á Dios para no oír como San Pedro esta reprensión: *no te atrevas á tener como impuro lo que Dios santificó.*

II. No pueden presentar verdadera dificultad las palabras del cap. II en el libro IV de los Reyes, en que se refiere que Elías fué arrebatado en un carro de fuego tirado por caballos tambien de fuego. Esto no es extraño ó inaudito en los autores así sagrados co-

mo profanos. Nahum [1] á los escudos y lanzas doradas de los caldeos, las llama de fuego, y lo mismo dice Virgilio en el libro X de la Eneida.

Stans celsa in puppi, clypeum tum deinde sinistra.

Extulit ardentem.

Leemos en el libro IV de los Reyes: *Subió Eliseo á Betel y mientras iba en el camino salieron unos muchachos de la ciudad y se burlaron de él diciéndole: Sube calvo, sube calvo. Viéndolos el profeta los maldijo en el nombre del Señor, y salieron dos osos del bosque y despedazaron á cuarenta y dos de ellos.* (2) Grande oposición mueven á este lugar, objetando: 1.° Que en la Palestina no hay ni puede haber osos, tanto porque la temperatura no es bastante fria para que puedan vivir, como porque no hay bosques en donde puedan guarecerse. 2.° Parece este acto por parte de Eliseo, hijo de una increible venganza para con unos niños cuya ligereza lo indujo á pedir á Dios un castigo como el que leemos en el lugar citado.

A lo primero respondo que es inegable haber osos en la Palestina. De ellos nos hablan varios autores sagrados como David, Isaías, Amos, Jeremías, Sirach el autor del Eclesiástico, etc. La razón tomada de la temperatura de la Palestina valdría si se tratase del oso blanco ó negro que sólo habitan parajes muy frios; pero no tiene lugar si hablamos del oso pardo ó gris que pueden vivir en regiones templadas y aun cálidas, como lo atestiguan las historias, pues los romanos para sus juegos hacían venir osos de la Libia y de la Numidia.

(1) Nah. II, 3.
(2) IV, Reg. II, 23, 24.

Ni es menos cierto que ellos aun en tiempos posteriores solían habitar en las selvas de la Palestina, en donde á más del testimonio de los hagiógrafos tenemos el de los viajeros, entre los que citaremos á Halssequit, que por mandato del rey de Suecia imprimió su intinerario el año de 1789, en el que leemos: "Salí el 2 de Mayo de Acre en dirección á Nazaret . . . pasamos por un pueblo llamado Rama: más allá había grandes bosques de encinas. Al salir de dichos encinares penetramos en las bellas llanuras de Zabulón. En la estremidad encontramos un hermoso encinar en el que vimos á unos árabes que habían cazado un oso de gran tamaño y que lo traían en triunfo paseándolo por todas las aldeas del rededor."

Con relación al segundo punto objetado debemos decir que la palabra *maldecir*, no significa desear, augurar ó pedir á Dios un mal contra estos muchachos, sino simplemente reprobar su conducta; por lo que Eliseo que ardía en el mismo zelo que su predecesor Elías no pudo disimular la conducta

de esos muchachos inducidos probablemente por sus padres idólatras á que se burlaran del ministerio divino de los profetas. Para que no parezca extremado este castigo debemos atender á que la Escritura llama niños á los jóvenes ya crecidos y con pleno uso de su razón. Ahora bien, si cualquier pecado mortal es castigado con la muerte eterna ¿será mucho que Dios para escarmiento de los demás lo castigue también con la temporal?

CAPITULO XXVIII.

EL REINADO DE EZEQUIAS.

Vamos ahora á responde á dos dificultades que suscita la incredulidad en contra de dos hechos que se refieren al reinado de Ezequías; estos son: la destrucción del ejército de Senaquerib y el prodigio obrado en el Cuadrante de Acab.

I. La destruccion del ejercito de Senaquerib.

En el libro IV de los Reyes leemos que habiendo pretendido Ezequías librarse del yugo de los asirios, Senaquerib movió sus ejércitos contra la Judea; pero sabiendo que Ezequías había hecho alianza con los reyes de Egipto y de Cus, quiso primero sujetar á éstos, como lo hizo en una guerra que les declaró y que se prolongó durante tres años,

después de los cuales se volvió y ocupó las principales ciudades de la Judea.

Ezequías, sin contar ya con el auxilio del Faraon, trató por todos los medios posibles de aplacar á Senaquerib, entre ellos le ofreció la enorme suma de trescientos talentos de plata y treinta de oro, El rey pérfido de Asiria prometió la paz: pero no bien hubo recibido el dinero, cuando olvidando su promesa mandó á sus generales Rabsaces y Tartan para intimar vasallaje al Rey de Asiria por parte del pueblo judío, si no querían ver destruido su templo y ciudad y llevados todos sus habitantes á ominoso cautiverio.

Rabsaces llenó su cometido blasfemando del Dios de Israel con tanta insolencia, que el piadoso Ezequías rasgó sus vestiduras y cubierto con un saco, se presentó al templo á donde llamó á Isaías. Este profeta respondió á los enviados del rey: *Esto diréis á vuestro Señor: He aquí lo que dice el Señor: No temas al oir las palabras que escucharon tus oidos de blasfemia en los labios de los ministros del rey de los asirios contra mí. Yo le mandaré el espiritu y oirá á un mensajero y y se volverá á su ciudad y yo lo haré traspasar con espada en su misma tierra.*

Entretanto, oyendo Senaquerib que el rey de Etiopía venía á auxiliar á Ezequías, se dirigió en contra de él; pero primero escribió á Ezequías cartas llenas de amenazas y blasfemias. Cuando éste las leyó subió al